



LA FIGURA CIENTÍFICA DE JUAN ANTONIO PÉREZ LÓPEZ

Procedente de VV.AA.: *Discursos en el acto académico homenaje en memoria del profesor Juan Antonio Pérez López*. Universidad de Piura, Piura [Perú] 26.VIII.1998; 5 pp.

Mis primeras conversaciones con Juan Antonio Pérez López se remontan a los años setenta. Por aquellas fechas yo empezaba a interesarme por profundizar en el estudio de la filosofía práctica, a la que hasta entonces había dedicado mi atención de un modo esporádico. Desde siempre me había ocupado con preferencia de los planteamientos teóricos en el ámbito de la metafísica y de la historia de la filosofía, con vistas a la elaboración de una antropología trascendental.

En cambio, la formación profesional de Juan Antonio, así como su calidad de profesor de una escuela de negocios, no eran propicios, como ocurre en muchos casos, para una aproximación a la filosofía. Esta aproximación se produjo, por así decirlo, por una tendencia connatural. Dicha tendencia, tan intensa en él, es lo que permitió que el intercambio de nuestros respectivos puntos de vista fuera posible y me llevaran a coincidir con el contenido de lo que me comunicó a lo largo de las numerosas conversaciones que hemos sostenido, así como a avivar mi preocupación por los temas peculiares de la filosofía práctica. Por eso, nuestros diálogos no obedecieron nunca a la curiosidad intelectual, sino que han tenido siempre un claro carácter interdisciplinar.

Por esta razón, he seguido con sumo provecho las publicaciones del profesor Pérez López, tanto su tesis de Harvard, en la que ya se observan sus principales preocupaciones, como sus notas técnicas publicadas en el IESE y sus libros más recientes. Mis conversaciones con él se intensificaron desde que se hizo cargo fructíferamente de asignaturas del programa de doctorado que se inició bajo los auspicios de la Facultad de Filosofía y luego ha pasado a ser el curso de doctorado del IESE.

Recuerdo que desde el comienzo el profesor Pérez López me hizo notar uno de los rasgos constantes de su actividad investigadora, a saber, la necesidad de enlazar el tratamiento de los planteamientos humanistas con sus aplicaciones concretas. Separado de sus resultados, el humanismo no pasa de ser una ideología. Sin embargo,

este enfoque tan atenido a la realidad de los hechos estaba muy lejos del mero pragmatismo. No se trata de un enfoque empirista, el cual comporta una reducción de las dimensiones humanas, sino más bien de todo lo contrario. Es preciso construir una teoría de la acción que tenga en cuenta ante todo que las acciones del hombre están constituidas a partir de la riqueza que posee su agente al ejercerlas, de manera que la realidad concreta del mundo social es la manifestación de esa riqueza, de la que las acciones son la prueba más palpable. Por consiguiente, el estudio cabal de la acción es inexcusable.

El método utilizado en ese estudio por Juan Antonio Pérez López es a la vez analítico y sintético. Analítico porque es necesario fijar la atención en las múltiples facetas de la acción, tanto psicológicas como objetivas, sin pasar por alto ninguna de ellas, ya que son temas de diversas disciplinas. El análisis es por ello tarea especializada y de experto. Exige además una fuerte capacidad de observación de las aptitudes y de las disposiciones humanas en cada individuo, que le hacen idóneo para desempeñar unos u otros trabajos.

Sin embargo, el método analítico no debe disolver la acción en sus componentes, sino que debe respetar su unidad. La consideración de la unidad de la acción es imprescindible para su comprensión global. Aunque pueda parecer paradójico, la acción es concreta sólo como acción global pues en su ejecución intervienen todas sus facetas. Por tanto, si bien en la terminología del profesor Pérez López predomina la palabra análisis, en rigor su planteamiento es sistémico. A ello se debe su distinción entre la abstracción incompleta y la abstracción completa, que también forma parte del núcleo de su terminología, así como su insistir en la idea de consistencia.

Ahora bien, al profundizar en el estudio de la acción, se llega a concluir que sus resultados no son únicamente externos, sino que repercuten en el sujeto agente, aumentando o disminuyendo la riqueza que éste posee en el momento de llevarla a cabo. De ahí que la consideración de lo que cabe denominar el doble resultado de la acción se aleje de la unilateralidad del pragmatismo. El resultado interior de la acción es más importante que sus consecuencias externas puesto que modifica la capacidad del sujeto en orden a la ejecución de acciones ulteriores. Ese peculiar *feedback* está completamente ausente en la interpretación mecanicista de la acción.

Un sistema mecánico es susceptible de una única situación de equilibrio. En cambio, la retroalimentación da lugar a que, entendido como sistema, el hombre se oriente hacia una situación de equilibrio todavía no alcanzada, de manera que la intención dirigida a ese equilibrio último vertebra las acciones concretas. De esta manera, el humanismo se convierte en un ideal realista y deja de ser mera ideología. Si el hombre fuera un sistema mecánico, habría que concebir la acción como un simple funcionamiento, y no como orientación hacia metas. El pragmatismo, a la par que el mecanicismo, significa una exclusión del perfeccionamiento humano. En los sistemas mecánicos se prescinde de la causa final.

Precisamente por esto, la investigación de Juan Antonio Pérez López se centra en dos temas. En primer lugar, en la elaboración de una lógica rigurosa que justifique la distinción de la conducta humana respecto del comportamiento animal y del funcionamiento de los sistemas mecánicos. Según su propia terminología, la lógica que él formuló es una lógica material, que permite la construcción de lo que, con cierta modestia, llamaba modelos dinámicos. Dichos modelos se corresponden con las nociones de eficacia, eficiencia y trascendencia, las cuales obedecen a motivaciones diferentes dirigidas a distintos tipos de satisfacciones. Los motivos de la acción pueden ser extrínsecos, intrínsecos y trascendentes. Aunque en la práctica no es posible prescindir de ninguno de esos motivos, esta clasificación tiene un sentido jerárquico.

Como ustedes saben, los motivos extrínsecos de la acción humana están vinculados con los premios y los castigos. El que trabaja sólo para ganar dinero está guiado por una motivación extrínseca. Por su parte, la motivación intrínseca tiene que ver con el desarrollo de la acción, en cuanto que el hombre se goza en la propia actividad. El ejercicio de la acción inmanente, a la que Aristóteles denomina praxis, puede ser intrínsecamente satisfactoria. En patente que este tipo de motivación es superior a la meramente extrínseca. Y, por otra parte, que se trata de una motivación que distingue al hombre del animal. El animal no ejerce praxis.

Por último la motivación trascendente es aquella que busca la felicidad ajena. Aristóteles sostiene que el egoísmo de suyo no es malo porque permite una elevación con la que se supera la clausura del hombre en sí mismo que connota el sentido ordinario de la palabra. La distinción entre los tipos de egoísmo vendría dada por el tipo de motivación. El egoísta ético es feliz con la felicidad del otro, mientras que el egoísta mezquino es aquél cuya motivación es extrínseca. La motivación intrínseca, aunque es imprescindible para la buena marcha de las organizaciones humanas, necesita articularse con la motivación trascendente. De otro modo contribuye a exagerar las diferencias de capacidad de los distintos sujetos.

Así entendida, la idea de satisfacción marca la relación entre las intenciones del sujeto humano y los bienes de menor o mayor importancia a los que atiende. Algunos intérpretes del pensamiento de Pérez López no han percibido con claridad dicha conexión, por lo que han entendido este planteamiento como una teoría de las relaciones del hombre con su entorno, y han discutido su valor para la ética. Basta mirar la proliferación de concepciones éticas que se presentan para advertir su carácter fragmentario, deudor de la visión reduccionista de los elementos que integran la acción humana, con la consiguiente abstracción incompleta que ignora ese centro de unidad que es la persona.

A mi modo de ver, estas opiniones no respetan la entera inspiración del enfoque de Pérez López, quien, aunque parte de algunos autores norteamericanos, especialmente de Simon, enlaza claramente con la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles, es decir, termina en el reconocimiento explícito de la importancia de las virtudes.

Mandar y obedecer son actos virtuosos porque se integran en la acción de gobierno y evitan la dirección despótica, que es incorrecta como medida de las relaciones humanas. Se pueden troquelar las cosas, pero no a los hombres. Porque el hombre no es una cosa. Siempre hay que darse cuenta de esto: ascender a la ética, a la comprensión de los hombres como sistemas libres. Al final, la ética es la ciencia acerca de la conexión entre los sistemas libres. De modo especial se ocupa del control, es decir, de la acción de gobierno. Prudencia, obediencia y mando en correlación sintética. Junto a ellas la fortaleza, pues él que no es fuerte no sabe ejecutar ninguna acción; y la templanza: él que se destempera cae en la incontinencia y se deja llevar.

La producción se concreta en el hacer, pero sólo en tanto en que conecta los motivos y los fines; de éstos los economistas saben poco. La ética tiene que completar las ciencias de la producción porque no hay ninguna otra ciencia que considere a la acción productiva por entero. Cuando se trata de la acción de gobierno, sin la cual la acción productiva no es posible, aparece la ética en toda su fuerza.

El orden de las virtudes atañe en especial a la acción de gobierno. Nótese que de poco sirve el diálogo con gente que no cumple su palabra. Una sociedad basada en la mentira se destruye; pero los mandos que mienten ejercen acciones despóticas. La fortaleza proporciona la coherencia del actuar a lo largo del tiempo, es decir, la aptitud de no ceder a los ataques implícitos y de no fragmentar la vida en reacciones más o menos arbitrarias, cobardes o caprichosas. Sólo la prolongada coherencia del fuerte mejora la capacidad de fines y la motivación, y abre los grandes objetivos que requieren perseverar.

La lealtad y la justicia son condiciones para la coexistencia de los sistemas libres. Es imprescindible esta breve alusión a las virtudes cardinales de que habla la ética clásica: prudencia, justicia, fortaleza, templanza. Pero la más importante de las virtudes, según Aristóteles, es la amistad. La amistad exige respeto, estima mutua. ¿Qué amistad puede haber sin diálogo?. Es menester fomentar la actitud contraria a la marginación, estar atento a los demás, interesarse por las cualidades ajenas, por la posibilidad de sus aportaciones futuras, aprender y enseñar. Es imprescindible contar con los demás en todos los órdenes de la vida.

En segundo lugar, es preciso tener en cuenta que, en rigor, Pérez López no elabora propiamente una teoría de la acción aislada, o de un único sujeto, sino de lo que llamaré una teoría de la acción recíproca, es decir, de las repercusiones que las acciones de un hombre producen en las acciones de otro; y ello de modo mutuo o casi cibernético. Esto explica por qué en los últimos años de su vida su investigación se dirigió a la sociología, especialmente a Max Weber, cuyo modo de entender la acción buscaba superar.

Desde el punto de vista de la moral clásica, cabe decir que la teoría de la acción recíproca conecta especialmente con la virtud de la justicia y con la virtud de la amistad. Esta dirección de su pensamiento está indudablemente muy vinculada con el modo de ser de Juan Antonio.

Todos los que le conocimos notábamos que era un gran amigo, que no consideraba a sus compañeros de trabajo como meros colegas, y que extendía su amistad a sus propios alumnos, a los que invitaba constantemente al diálogo. Su manera de entender la técnica del caso es una prueba muy neta de lo que acabo de decir.